

## CXLIV

## EL ORIGEN DEL MAL

## I

Sabrá todo el que estudie esta dolora,  
si ya no lo sabía,  
que el diablo antiguamente, como ahora,  
era un bribón de la mayor cuantía.

Y sabrá con escándalo la gente,  
con qué vil artificio  
pudo el diablo probar que es solamente,  
prolongación de la virtud, el vicio.

## II

Le dijo Dios á un ángel cierto día,  
en viejo castellano:  
— «Bajarás al Edén, de parte mía,  
á animar con mi aliento el barre humano.»

Y bajó. Y las virtudes cardinales  
trajo de la alta esfera,  
para nervios de Adán, por ser iguales  
á un haz de filamentos de palmera.

## III

Una tarde que el ángel contra un pino  
se durmió dulcemente,  
el demonio llegó por un camino  
que es cauce en julio y en abril torrente.

Y como es un traidor, diestro en su oficio,  
probó el diablo con maña  
que va entrañado en la virtud el vicio,  
como se halla el castaño en la castaña.

Y estirando, á medida de su gusto,  
las fibras vegetales,  
pasó de un justo medio á un cabo injusto  
á todas las virtudes cardinales.

Y resultó pecado la belleza;  
el poder, tiranía;  
un horror á la especie, la pureza;  
y el grande amor á Dios, idolatría.

La esperanza extendida, hace que el hombre,  
aspirando á la gloria,  
se lance á la ambición, porque le nombre  
sol de primera magnitud la historia.

Y ayer perseguidor, y hoy perseguido,  
con el fuego y el hierro,  
va el hombre con su gloria haciendo un ruido  
como el que hace la res con el cencerro.

Y hasta es la caridad una estulticia,  
y no existe conciencia,  
si la ley que hace Dios con gran justicia  
la aplica la bondad con gran clemencia.

Y ¿qué es la fe agrandada? un buen deseo  
llevado al desvarío;  
hay creyente, más tonto que un ateo,  
que es, más bien que un fanático, un impío.

Y lo justo, Señor, ¿qué es de lo justo,  
si con mayor pericia,  
después del juez, con fallo más augusto  
la equidad ajusticia á la justicia?

## IV

Ya veis que mató el diablo en lo futuro  
lo bueno y verdadero,  
como el que sorbe un huevo está seguro  
que se come un presunto gallinero.

## V

Duerme el ángel, y el diablo, que celebra  
su dejadez tranquila,  
huye escurriendo el cuerpo de culebra,  
reptil en tierra, y en el agua anguila.

## VI

Tocando el polvo, un hálito del cielo  
pasó como un conjuro,  
y Adán, y Eva después, surgen del suelo  
vestidos con sus trajes de aire puro.

Sin linde el vicio y la virtud, absortos  
ven con hondas miradas,  
que siendo las virtudes vicios cortos,  
los vicios son virtudes alargadas.

## VII

Después que de Adán y Eva recibieron  
esta herencia tan triste,  
por el mundo sus hijos se esparcieron  
buscando una ventura que no existe.

Y unas veces gimiendo, otras llorando,  
las pobres criaturas  
en cenizas de muertos van cavando  
para otros nuevos muertos sepulturas.

¡Paciencia, hijos de Adán! ¡Ya un gran cris-  
en vuestro honor decía, (tiano)  
que al marchar por el mundo el ser humano  
si el demonio le mueve, Dios le guía!

## ADVERTENCIAS SOBRE LAS NOTAS

La estimación por el poeta, el amor al arte, la novedad del género, las vivas controversias que ha suscitado, y otros motivos, han sido causa de que nos decidiésemos á tomar la pluma para poner notas críticas á la presente colección; método, á nuestro juicio, tan útil y oportuno en este caso, como una disertación dogmático crítica, que no sería más que una de tantas, inferior, sin duda, en mérito á las publicadas hasta el día.

Las dificultades habidas en el desempeño fueron mayores de lo que en un principio pudimos figurarnos. Seducidos por el ejemplo del ilustre Quintana, no alcanzamos al pronto la diferencia que hay entre juzgar cincuenta y seis poetas de índole, estudios y tendencias tan diversas, eslabonados en el largo período de cuatro siglos, y anotar á éste, de carácter ceñido y concreto, en una sola de sus manifestaciones. De aquí lo laborioso del juicio, la monotonía y las repeticiones enfadosas á cada paso, que impiden toda variedad; razón por la cual, si hubiéramos de perfeccionar este trabajo, no acabaríamos ni quedaríamos nunca satisfechos, y más tratándose de un escritor que tanto refleja su tiempo, pues en él están encarnados el realismo y el escepticismo de la época, el espiritualismo cristiano y el panteísmo moderno, la fe y la duda, el pesar y la alegría, la exaltación y el abatimiento.

Como la dolora, lleve ó no tal nombre, si bien alguno ha de tener, y nadie más respetable que su autor para ponerle, es realmente un género nuevo, sin filiación bien notoria en nuestra literatura patria, pareciéndonos oportuno, con las citadas notas, tratar de escudarle contra todo extravío en que pudieran dar los imitadores, exagerando los pecados veniales de que adolece, sin desarrollar sus bellezas, como ha sucedido con Góngora.

El lector no debe considerarlas como un trabajo completo hasta en sus detalles; no ha sido, ni debía ser, este tal propósito; porque, de serlo, pecaríamos de enfadosos y pesados, partiendo del supuesto de una ignorancia completa en el que leyere. Queda, por lo tanto, que estudiar bastante sobre el mérito de la rima, la variedad de la combinación de metros y de estrofas, la belleza de la versificación, el uso de tropos y figuras, la corrección del estilo; en general, la filiación de algunas doloras con otras en que á veces se sigue un pensamiento fijo, hasta agotarle bajo puntos de vista diversos en composiciones sucesivas.

Es Campoamor un poeta de mucha variedad, pero poco propenso por carácter á la morbidez y á la blandura; describe con exactitud y concisión, narra con naturalidad y dialoga con energía; pocas veces peca por el argumento cuando no se inclina á la paradoja; en la invención y composición es sobrio, y sus cuadros tienen una terminación feliz y bien graduada; el estilo es á menudo más nervioso que fluido, severo y cortado más que dulce y rítmico, y sus períodos concisos en demasía á veces, le quitan riqueza, abundancia y número; pero si los versos no alcanzan siempre todas estas cualidades, sobresalen, en cambio, por el brío y por la sentencia.

Confesamos, en fin, haber dicho poco sobre el arte de componer y presentar sus asuntos, porque es una de las cosas que más le caracterizan, puesto que tiene una *manera propia*, verdadera causa de dificultad para imitarle, y en que se correrá riesgo de seguirle, haciéndolo sin el estudio ni la meditación conveniente. Queda también otra cuestión, que hace de la lectura de las doloras: la de saber si el octosílabo es su mejor forma de expresión popular, y del género que el endecasílabo, como lo parece indicar la insistencia del poeta en el uso del metro corto.

Puntos son todos estos que, perteneciendo más á la belleza extrínseca ó plástica que á la intrínseca ó filosófica, puede el lector examinar por sí con poco esfuerzo; y el no consignarlos con minuciosidad descarga la crítica de una multitud de observaciones que, á la altura que ha llegado hoy la educación, parecerían impertinentes y acaso pueriles.

En la elección de las doloras escogidas para ser anotadas no ha habido un rigor extremado; se han incluido algunas doloras más de lo que quizá se debiera, porque esto ofrece ventajas al estudio y á la comparación, pues señalados el mérito de las unas y las imperfecciones de las otras, se ve con más relieve el contraste, y la enseñanza puede ser eficaz y práctica.

Nada más tengo que decir de un trabajo delicado y espinoso, que estoy seguro no satisfará á los doctos. No fué éste mi ánimo, puesto que he tenido presente á la generación que viene y no á la generación que pasa, dándole en tan corto estudio el pequeño caudal de mis conocimientos; amargo fruto del árbol de la experiencia, adquirido con los sinsabores de la vida, los placeres del estudio y el triste privilegio de los años.

Madrid 31 de mayo de 1864.

D. M. RAYÓN.

DOLORA I. — *Cosas de la edad.*

Damos comienzo por esta dolora, una de las primeras que han salido de la pluma del autor. En ella están contenidas en embrión muchas de las calidades que, andando los años, desplegó el poeta. Su *manera* de componer, la forma dramática, la intención social y filosófica, la abundancia de refranes y sentencias como tesis y como conclusiones de sus poesías, la estructura y distribución ordenada por parte de sus cuadros, la pintura real de los caracteres, la abundancia, variedad y riqueza de situaciones que escoge para sus asuntos, como se irá viendo, todo está aquí de un modo latente.

En esta composición, un argumento sencillo y un pensamiento trascendental se unen á un desempeño fácil y de efecto seguro. El interés del diálogo nace del contraste de dos edades tan difíciles de comprenderse. Los raciocinios de la abuela son concluyentes; sin embargo, la nieta no se enmienda; contesta, y al contestar es el intérprete de toda la posteridad, que será, como ha sido en este caso, incorregible; de aquí parte el poderoso resorte de la dolora, que da la clave de la historia de la vida. ¡Cómo habla la cabeza y cómo responde el corazón! El tema está bien planteado y queda sin resolver, porque no tiene solución posible en esta situación en que cada uno obedece al influjo de su edad, probando la abuela y la niña que la generación que pasa es y será siempre un problema para la generación que viene. El contraste que resulta de las edades respectivas y de las situaciones y profesiones de la vida es, como tendrá ocasión de ir notando el lector, uno de los buenos recursos del poeta para el artificio y éxito de sus composiciones.

Esta dolora, como otras muchas, permite que puedan ser representadas con feliz éxito, siempre que se hallen intérpretes que comprendan bien al autor, lo cual no sería uno de los entretenimientos menos agradables en las largas veladas del invierno. Podrá hallarse la niña maliciosa que quiera hacer su papel; pero ¿se encontrará con tanta facilidad la abuela desengañada que quiera encargarse del suyo?

II. — *Glorias de la vida.*

Esta dolora es digna de un pincel. El cuadro es sobrio, completo y acabado en todos sus detalles; la ejecución esmerada, fácil y correcta. El poeta, triste y desesperado, arroja al fuego las cartas de sus novias, y aquellos dulces rasgos de amor vuelan en pavesas al impulso de la devorado-

ra llama. Ocurríese entonces que *¡humo las glorias de la vida son!* El pensamiento es poético, de gran melancolía y de un carácter general, porque es la faz dominante de nuestra naturaleza en cierta época de la vida; por eso esta dolora vivirá siempre, y tendrá una aplicación diaria en las mutuas relaciones de ambos sexos. Una duda, sin embargo, se nos ocurre. ¿Tenía motivos razonables el poeta para quejarse con tanta amargura, siendo él tan fácil en querer á tantas? Creemos que no: por eso vemos aquí un proceso general del amor, más que un caso de desdicha particular, lo cual debilita el concepto y da á la obra un tono satírico contra el bello sexo. El poeta debe tener razón siempre en sus pasiones, y quien ha amado á muchas deja de tenerla. Por esto aseguramos sería de un mérito superior esta poesía si, en vez de muchas, fuesen de una sola las cartas, deduciendo de un desengaño particular que son humo todas las glorias de amor. Hemos insistido en esto, por creerlo importante para la mayor perfección de una obra tan acabada y tan bella como lo es esta dolora.

III. — *Ventajas de la inconstancia.*

Dolora del género de las festivas. Su forma, su composición y hasta la rima le dan fisonomía propia. Muchos moralistas de la literatura han vituperado esta y otras de igual índole. Tienen razón; pero el arte ¿es siempre un sermón? La pintura de la realidad de la vida, ¿no modera? ¿no corrige? Esta dolora, contra las falsas y coquetas, es de una gran enseñanza, pues predica muy alto que debe haber lealtad en los compromisos, porque, de lo contrario, ¡adiós amor! pasión la más bella y noble de nuestro ser. Aquí, como en otras composiciones del mismo género, el poeta parece escéptico, y no obstante, sería aventurado calificarle de tal, teniendo á la vista otros lugares del mismo; y aun cuando otra cosa fuera, ¿sería esto una verdadera contradicción? De ninguna manera; y por qué? Porque el arte abraza todos ó muchos particulares de la vida, de géneros y órdenes diversos, ya armónicos entre sí, ya contradictorios. Pintar el bien y el mal dentro de sus propias condiciones es una ley á que obedece el poeta, á quien en muchos casos no se le puede exigir entera responsabilidad, porque no sabemos si piensa lo que pinta, ó pinta lo que siente. Aquí un tunante engaña á una joven, y viéndose á su vez burlado por ella, se consuela, en desquite, con que la ha faltado antes. Ambos salen castigados, cumpliendo el refrán: *á un pícaro otro mayor.* ¿No hay aquí enseñanza? Después de leída esta poesía, lo

primero que se ocurre es obrar con sinceridad y mucha cautela en un negocio de los más espinosos de la vida, y la dolora es una voz de alerta contra las falsías y la mala fe emboscadas. Firma el poeta en su pueblo natal, con lo que nos da también á entender que fechorías de esa índole pasan lo mismo en la ciudad que en el campo, en lo cual anda acertado, pues la humanidad en este caso es igual en todas partes, á pesar de las santidades pastoriles tan celebradas por nuestros mayores.

Permítasenos decir dos palabras sobre el autor del epígrafe, asunto de la composición. Inteligencia clara, fina y cultivada, dedicó los cortos años de su juventud al estudio del derecho, hermanándole en sus ocios con el cultivo de las humanidades y de las bellas artes, en cuyos ramos dejó muestras de sus felices disposiciones, buen ingenio y exquisito gusto. Quizá algún día demos á luz sus poesías, como testimonio de tierno cariño por un hermano tan querido, arrebatado á la vida en 1855, á los treinta y cuatro años de edad. Campoamor le consagra aquí un recuerdo de la amistad que profesó siempre al que había sido desde la infancia su compañero querido por aquellos pueblecillos de Vega, Andrés, Piñera, Anleo, Otur y márgenes del río Navia; testigos todos de las primeras é inefables impresiones de ambos, traducidas más tarde en hermosas poesías.

VI. — *Las dos almas.*

Esta composición, tierna y delicada, es de las que pertenecen á los buenos tiempos del autor, en que la lectura, la instrucción y la filosofía no habían dado aún á sus versos una dirección más calculada y razonadora.

VIII. — *No hay dicha en la tierra.*

Si no hay dicha de niño, de joven, ni de viejo, ¿dónde la habrá? En la muerte. Véase, pues, la dolora VII, de la cual ésta no es más que una premisa. La composición es agradable por la tristeza y la inquietud que reina en toda ella, por la poética expresión de las tres edades cardinales de la vida, y por los hermosos versos con que termina:

*Temo á la muerte, y la muerte  
todos los males consuela.*

XI. — *Vanidad de la hermosura.*

Cuadro completo y conciso, con arte pensado y con habilidad y sentimiento desempeñado. El realismo de la belleza y del amor no es más que *aire, sombras é ilusiones*. Sin embargo, la interlocutora no comprende esta verdad, y se muestra incrédula, según se colige de sus maliciosas preguntas. ¡Cuán pronto la edad y los desengaños habrán puesto á la pobre Octavia en consonancia con las opiniones del poeta!

XV. — *La compasión.*

Excusado nos parece decir nada sobre el mérito de la composición, que se recomienda por sí sola. El lector gozará

con la lectura de esta leyenda, de un desempeño y carácter *arromanzados*, que la hacen muy agradable.

XVII. — *El concierto de las campanas.*

Este instrumento de la cristiandad, que llama á los fieles á la oración en los templos, y habla siempre en todas las ceremonias alegres ó tristes de la Iglesia, ha servido de tema constante á la inspiración de los poetas. Campoamor nos da aquí, en forma y ejecución sencillas, llenas de armonía imitativa, una muestra del efecto que produce en su ánimo el eco triste del melancólico tañido de las campanas en dos opuestas situaciones, y que le trae á la memoria el vano afán de las cosas de la vida.

Esta y *Músicas que pasan*, son doloras de un mérito particular, á que no será ciertamente insensible el lector más frío.

XXII. — *Vaguedad del placer.*

Bajo la hermosa y poética alegoría del arco iris perseguido por unos niños, se describe lo que es la felicidad y todo el cortejo de venturas que soñamos, las cuales, unas veces nos parece que han pasado, y otras que están por venir. Esta poesía es rica por su colorido poético, animada por la narración, dramática por el diálogo, pintoresca por las descripciones y feliz por la conclusión que la resume.

XXV. — *Adiós para siempre.*

Hermosa composición. Modelo de sobriedad, de suavidad y de ternura. Es una de las doloras más perfectas por el conjunto, la ejecución y sencillez del plan. El poeta va á explicar los motivos que tiene para decir *Adiós para siempre* á Carolina, y lo hace con una concisión, verdad y naturalidad que encanta, envolviendo al mismo tiempo una delicada lisonja á Carolina en los dos primeros versos de' segundo cuarteto.

Un adiós con más belleza poética expresado, de seguro que no lo habrá oído ninguna Carolina, ni llevado consigo á su partida una impresión más grata.

XXXI. — *Porvenir de las almas.*

El consuelo que el poeta procura á su hermana por la muerte de su hija es natural, nace del fondo mismo de las creencias religiosas, se desenvuelve y termina con sencillez y sin artificios extraños y no adecuados. *Morir es resucitar*: he aquí la tesis cristiana; y como una niña resucita para la bienaventuranza eterna, he aquí su felicidad y el consuelo para la afligida madre. Nótese los razonamientos que emplea el poeta para convencer, y se verá con qué naturalidad están hechos. No quisiéramos, sin embargo, ver en la penúltima estrofa un pensamiento que debilita la base de la dolora, pues implica duda y hasta contradicción, toda vez que la poesía estriba en el fundamento de la fe.

Si esta composición en su pensamiento y en el arreglo del plan es buena, no nos parece igual en la pureza del desempeño. Hay algunos versos duros, como el primero, y demasiadas asonancias y consonancias en *eo* y en *ia*, que siempre deben evitarse en cortas composiciones.

XXXV.—*La dicha es la muerte.*

Pertenece esta dolora á uno de los móviles más pronunciados en el autor, muy dado á tratar y resolver estas tesis filosóficas, que han sido y serán el eje sobre que giren las ideas y los sentimientos de la humanidad y del individuo. El poeta afirma resuelto, que la dicha es la muerte; ¿y por qué? Porque se ha dirigido á diversas clases y edades, y todas á la vez le responden con acento de dolor, que el sufrimiento es la condición ineludible de sus respectivos estados. De aquí deduce que no hay dicha en la vida, y que es preciso atravesar el triste pórtico de la tumba para alcanzar en otras mansiones de eterna bienandanza la ventura que se niega á los mortales en esta región de penas y desolaciones.

Esta composición, como se ve, es altamente espiritual y cristiana; afirma en la creencia de la inmortalidad del alma, y en que las penas y sufrimientos de este mundo servirán de expiación para alcanzar la dicha en la otra vida, que es lo que piadosamente debemos pensar de nuestros hermanos. Aparte de lo dicho y de la vigorosa dialéctica empleada por el poeta, tememos que predique en vano, pues dudamos que los magnates, los ancianos, las hermosas, ni nadie, crea que la dicha es la muerte. ¡Tan poderoso es el sentimiento de la vida! Y sin embargo, no por eso será menos cierto el tema.

Más bella por la idea y el arreglo de su plan que por la riqueza de su poesía, tiene, sin embargo, esta dolora una de las supremas condiciones del arte, la melancolía; por eso simpatizaremos todos siempre, á su lectura, con aquel Judío errante de la felicidad, que va por todas partes *presa de infernal batalla*.

XXXVI.—*La opinión.*

La concreción más posible de una idea, la reducción más completa de un pensamiento y el menor desarrollo alcanzado en el plan y dimensiones de la obra, son facultades en que campea y de que hace alarde este poeta, en un tiempo en que la poesía tiende y es con frecuencia exuberante y gárrula hasta el fastidio. En el arte todos los extremos son vituperables, si bien es preferible la extrema concisión á la dilución fatigante de la obra. El asunto de ésta es difícil y vago; tema de disertaciones y diatribas en pro y en contra, ha sido y es un palenque donde combaten plumas hábiles. ¿Qué es, sin embargo, la opinión en el hecho más natural de la vida? ¿Es la uniformidad del juicio? No; pues entonces no hay singular para esta palabra. Sabemos cómo el poeta piensa en este asunto, cuando nos ha afirmado resueltamente en una dolora que la dicha es la muerte. Ahora vamos á ver qué piensa la generalidad sobre la misma cuestión. Una niña se muere y la llevan á enterrar. A su paso por delante de las gentes,

cada uno exclama de diverso modo, pero perfectamente adecuado. ¿Qué se deduce al fin? Que la opinión no puede ser una, sino la resultante de las variadísimas condiciones de la vida, de la edad, del sexo, de la educación, de las profesiones, etc. Conclusión veraz, y que nos conduce, como por la mano, de lo particular á lo general, para sabre lo que es la opinión según los tiempos, las personas y las circunstancias.

¿Nos atreveríamos á indicar que, á pesar del mérito de esta composición, aun dado el género, se echa de menos la armonía rítmica, que tanto poder tiene siempre sobre nuestra organización?

XXXVII.—*¡Quién supiera escribir!*

Composición bien sentida, diálogo animado con reticencias maliciosas y llenas de gracia. Aunque el protagonista es una mujer vulgar, que ni aun sabe escribir, nótese la conveniencia del lenguaje, que no se aparta de la naturalidad, aun en medio de una pasión ardiente al par que tierna. Nótese también cómo circula el fuego por toda ella, y cómo desde la estrofa octava, parte creciendo en ardor, en violencia y en colorido. Al leer esta y otras composiciones del autor, se advierte pronto un sagaz conocimiento del corazón y sus flaquezas, como también el arte muy meditado de saberlas exponer con verdad y sencillez. La elección del amanuense, sobre ser natural para una aldeana, está bien calculada, por cuanto suministra grandes medios de contraste y hace posible el desempeño del asunto; posible en lo que cabe, pues no acertando á ser el rápido ni exacto intérprete de aquel corazón apasionado, prorrumpe la hermosa aldeana en la preciosa arenga de lo que hubiera de poner si supiera escribir.

XXXVIII.—*Amar al vuelo.*

¿Qué diremos del arte y desempeño de esta composición? ¿Qué armonía, qué versificación tan fácil, tan ligera y encadenada desde el principio al fin! Nos parece difícil hacer más en rima libre, sin sujeción á ley alguna, más que la del tacto y el buen gusto. El carácter de la dolora es adecuado al de la edad de la niña, y de aquí su recíproca consonancia y cadencia. Recomendamos el estudio de estas irregulares estrofas, que tan buen efecto producen en el oído, y que tienen la ventaja de no caer en el martilleo ó monotonía á que propenden las regulares y compasadas.

Del fondo de esta composición no podemos decir otro tanto. Hay una gran amargura bajo apariencias dulces, y abundan las sentencias veraces y desoladoras, producto del desencanto que trae consigo la edad, y que viene á parar á esta terrible conclusión: *el amor no existe*. Verdad es que, penetrando un poco en el sentido íntimo, asoma la influencia de cierto panteísmo, que podremos llamar amoroso.

¿Qué quiere decir sino:

*Aunque no importa realmente que ames infinitamente,*

*si amas infinitas cosas.*

.....  
.....  
.....  
*Ama mucho, mas de modo  
que estés siempre enamorada  
de un cierto todo que es nada,  
de un cierto nada que es todo?*

Si el amor no existe, ó existe en esta forma, toda niña oirá, como quien oye llover, semejante desatino; y en fin, si la mariposa, como símil de amor, es uno de los temas constantes de los poetas, no es menos cierto que la pertinaz y oscura ostra le ha seguido de cerca para bien de los verdaderos amantes.

XXXIX.—*El beso.*

Esta composición no es lo que aparece á primera vista, pues no se trata de un hecho particular, sino general. Aquí se canta el amor universal de ambos sexos, en una de sus manifestaciones más poéticas; en una palabra, la totalidad de la vida del amor, en cuyo caso la humanidad es la resultante de la armonía de un beso general en todos los tiempos, desde Adán hasta nuestros días, como indica el autor. Este nos define con exactitud las diversas clases de besos que hay, y que no son otra cosa que *la expresión de un idioma universal*. La rima tiene novedad, es de difícil manejo, y su éxito pende del buen gusto del autor; pero la dolora se distingue más por el pensamiento que por la forma, pues siendo tan vasto aquél, se diluye algo ésta, y no impresiona con viveza el ánimo. Hay además en ella, aunque con deliberado modo, demasiadas consonancias y asonancias, que dan monotonía al conjunto. Las estrofas 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup> sobre todo, son, sin duda, las mejores. También debemos notar que no faltan aquí pensamientos alambicados y conceptuosos, á que es dado á veces el escritor, y que son lunares con que empaña de cuando en cuando sus hermosos cuadros. Esto, que nace del fondo filosófico ó subjetivo de su propia *manera*, tiene graves riesgos en los imitadores, pues volveríamos desgraciadamente á los tiempos de la poesía culta.

XLVI.—*¿Qué es amor?*

No siempre el poeta subyuga ni fascina. *Algunando bonus dormitat Homerus*. Si esto acaecié á tan grande ingenio, ¿cómo no ha de suceder á los demás? Una niña hermosa, con la ingenuidad propia de sus años, le pregunta qué es amor. El interlocutor no puede ser más bello, ni la pregunta más natural é inocente; ¡hermosa situación! y sin embargo, el poeta no ha atinado con la respuesta, que, sobre ser erudita, conceptuosa y no pertinente por su poco acierto, es débil y vaga, con ribetes de atea en sus conclusiones. Añádese á esto el empleo de una metrificacón poco elástica y de enfadoso martilleo.

El amor, idealismo puro ó puro realismo, es, por consiguiente, todo lo sublime y todo lo vulgar, todo lo grande y todo lo pequeño, todo lo hermoso y todo lo prosaico: esto lo sabemos muy bien; por tanto, esperábamos una respuesta más acabada de quien escribió *Vivir es sufrir*.

Otro modo mejor de desempeño, ya que el poeta no quiso dar su opinión, sería, en nuestro sentir, la exposición de lo que han dicho los más levantados pensadores y artistas con que se honra la humanidad, lo cual valdría más que la mayor parte de los protagonistas citados. Entretanto, ¡sombras, adorables siempre, de Marcilla, de Inés de Castro y de Macías, perdonad á este poeta un momento de mal humor!

XLVII.—*Las dos grandezas.*

Esta leyenda griega de la entrevista de Alejandro con Diógenes, transmitida por Plutarco y otros escritores de la antigüedad, fué objeto siempre de comentarios, porque implica la pregunta de ¿quién de los dos es más grande? La humanidad, sin embargo, se ha ido con Alejandro, no por vanagloria, sino por razones poderosas, que no son de este lugar. Cualquiera que fuese el mérito de Diógenes, no podemos dudar que éste era un hombre excéntrico, si no extravagante, según las cortas noticias que han llegado hasta nosotros, y por tal tenido entre sus conciudadanos. Rousseau, que es su semejante en nuestros tiempos, le lleva gran ventaja, porque es el iniciador más poderoso de la libertad moderna y una de las protestas más fuertes del espiritualismo y del sentimiento contra el grosero materialismo de los enciclopedistas, como se ve en muchas de sus elocuentes páginas. Herida la imaginación del poeta, como lo ha sido la de otros muchos, por la singularidad del caso, le pinta dramáticamente en esta escena conforme á la tradición, procurando ser fiel á la verdad moral de ambos caracteres, y pareciendo quizá inclinar nuestro ánimo á que la gloria militar, como la científica, son dos grandes miserias, que nunca habrán de comprenderse ni hacerse mutua justicia.

Dos extremos tan fuertemente acentuados como Alejandro y Diógenes son imposibles de conciliar; y la humanidad sería muy desgraciada marchando exclusivamente por cualquiera de los dos caminos. No obstante que el poeta se mantiene neutral, al parecer, entre ambos y sólo como mero narrador, sin indicarnos siquiera cuál es su *concepción de la vida*, le vemos simpatizar con Diógenes, puesto que en su boca están las réplicas más acertadas y las sentencias más enérgicas y profundas, hasta el punto de parecernos débil y pequeña la figura de Alejandro.

En cuanto á la forma, observaremos que la elección del metro no ha sido la más oportuna, teniendo en cuenta el asunto y los protagonistas. La redondilla no da, según pensamos, nobleza suficiente, y hace mezquina la forma de ciertas composiciones serias; verdad es que el poeta ha sacado todo el partido posible, y mostrado en algunas un vigor, una concisión y energía notables, enseñando cuánto se puede hacer aun con las más humildes combinaciones de la rima castellana.

XLIX.—*Sufrir es vivir.*

El tema de esta dolora no es una paradoja: está fundado en el verdadero conocimiento de la naturaleza humana. Si se necesitase una prueba fisiológica y razonada á la vez de que *sufrir es vivir*, esta composición bastaría por sí sola para convencernos: tal es el arte singular con que está concebida y ejecutada, debiendo considerársela como una apoteosis